LA SEÑORA DE PRONTO

¡La fortuna! ¿Acaso sabe nadie dónde está, qué es de ella, cómo se solicita su apoyo ni en qué casos y con qué condiciones concede sús favores? ¡Qué se ha de saber!

Se tienen noticias de su existencia porque los mitólogos la pintan siempre risueña, siempre agraciada y siempre acompañada de su famosa rueda.

Se sabe que vive y que se ocupa de las gentes porque algunas personas encuentran en ella apoyo.

Pero en cuanto á saber el cómo, el cuándo y el dónde se la solicita, no se tiene ni la mas remota noticia.

Las gentes la persiguen, eso sí, y ahí están como pruebas patentes las loterías oficiales, las particulares, las casas de juego, las bolsas...; pero perseguir la fortuna es como querer detener el rayo: trabajo inútil.

Porque es veleidosa como la misma veleidad, insensata como un niño, caprichosa como una mujer, y ridícula y estravagante como un poeta romántico.

Como es dueña de haciendas (sin que esto quiera decir que no lo sea tambien de vidas), tan pronto eleva y entroniza á un tonto, como hunde en la miseria y las privaciones á un discreto.

De un zote, que nadie sabria sacar partido, hace ella con suma facilidad un banquero ó un ministro, un amante ó un héroe.

Así es que con su formalidad no se puede atar un ochavo de cominos, como dicen las gentes.

* * *

Pues bien; en uno de estos caprichosos vaivenes hace la fortuna á la *señora de pronto*. ¿Cómo? ¿Por qué medios? De cualquier modo, valiéndose de los medios mas raros y estraordinarios, siempre que vayan acompañados de la sorpresa y la impremeditacion.

A veces es la lotería el arma de que se vale la fortuna, y un menestral cualquiera que invirtió un duro en un décimo ve multiplicado con esceso el capital arriesgado.

Otras veces el empleado de corto sueldo, que pone su actividad al servicio de un partido político, se ve de sopeton convertido en director de un ramo el dia en que triunfa su idea. Una vez director, ¿quién no llega á ministro? Y una vez ministro, ¿quién deja marchar la ocasion de ser rico para toda su vida?

Y como la señora de pronto no ha de ser precisamente fea, sino que, por el contrario, puede muy bien ser bonita, vea V. que estaba de doncella en una casa; que en esa casa habia un señorito que la perseguia; que ese señorito logró no sé qué favores, y que cuando esos favores tuvieron en ella una manifestacion determinada, hubo que remendar el honor de la chica con un matrimonio, que él aceptó gustoso, entre otras cosas, porque antes que nada es un caballero.

¡El amor! Pues si el amor es uno de los medios de que la fortuna ha echado mano con mas frecuencia para hacer señoras de pronto.

¿No se dice de él que iguala todas las fortunas? ¿No eleva á los humildes? ¿No humilla á los orgullosos? ¡Ah! sí señor, todo eso hace.

Así es que, si un hombre con dinero sobrado, con un

poco de despreocupacion y con otro poco de sensualismo y buen gusto, ve una mujer bonita, ¿quieren Vds. que se pare á razonar acerca de la diferencia de clases, y que esa misma diferencia sea un obstáculo para el logro de sus deseos?

No señor, nunca, y está muy bien hecho.

Así es que una señora se hace de cualquier mujer; pero... ha de ser mujer, eso sí; no puede prescindirse de esta circunstancia.

¿Fué corsetera, fué doncella de labor, fué simplemente hija de un menestral? No importa.

Por el contrario, cuanto mas de pronto sube á señora, mas escaleras ha tenido que recorrer, mas ínfima es la clase de donde procede.

* * *

Así es que, lo primero que hace en cuanto se encuentra señora, es asombrarse, como se asombraria cualquiera, al ver convertido en realidad uno de los cuentos de Scherazada.

¿Con que es cierto que ella tendrá un abono en el teatro? ¿Con que es cierto que recibirá en sus salones á la gente mas escogida de las aristocracias de todo género? ¿Con que es cierto que no tendrá ya que pensar en levantarse temprano para ganarse el sustento? ¿Con que no cabe duda de que ella dejará de ser Juana Fernandez ó Pepa García, para ser *la* de Montellano ó *la* de Picoverde?

¿Y es verdad que aquel *agur* se verá sustituido por el «A »los piés de V.?» Y diga V.: ¿Con que tendrá modistas? ¿Y coches? ¿Y joyeros?

¡Oh! ¿Quién no pierde el juicio?

¿Quién? Ella.

Mire V. qué pronto se repone; mire V. qué pronto escudriña la nueva sociedad á que ha sido lanzada; mire V. qué pronto siente la necesidad de igualar en maneras, apostura, lenguaje, á las mujeres con que por causa de su nuevo estado se ve obligada á tratar.

¡Y qué difícil es esto! No, no creia ella que era tan difícil

hacerse la señora; y es que, ¡como antes pasaba por señora entre mujeres de menos disposicion que ella! ¡Como antes el cuello de *fichú* ó los guantes de cabritilla la diferenciaban de las demás!

Pero ¿hoy? ¿comparada con la de Guevara, que es tan elegante? ¿con la de Alburquerque, que es tan aristocrática? Calle V., ¡si pasa unos apuros!

*
* *

Así es que hace unos esfuerzos estraordinarios, sí señor, de todo punto estraordinarios.

Calcule V. que dice que su diversion favorita es la ópera, siendo así que no es verdad, porque á ella lo que le gusta son los bufos.

¡Aquel Arderius, padre de la gracia! ¡Aquella jóven que hacia el papel de Carolina en *El Potosí submarino*, y que era tan desenvuelta, tan graciosa, con unas piernas y un talle...!

Mire V. que tener que dar una opinion acerca de Verdi, tener que decidirse entre Mozart ó Rossini, es para ella cosa grave y fastidiosa y comprometida. ¿No es verdad?

Porque es situacion crítica la de la señora de pronto cuando recibe un ataque de un pollo que la dice: «Pues, hija, »¿qué quiere V. que le diga? la aficion de V. á Verdi de»muestra poco gusto musical.»

Así es que ella ha adoptado ya una frase para cuando se habla de música, y la suelta siempre. «Vds. serán de la opi»nion que quieran, pero la mia es que, entre los músicos, »Wagner; entre los poetas, Zorrilla, y entre los pintores, »Rembrandt, y no hay quien me saque de aquí.»

En efecto, ¿cómo sacarla de esa opinion, que es la de su marido, cuyo marido la ha tomado de un revistero de periódico, cuyo revistero ha dicho eso por no tener ó no saber otra cosa qué decir?

Y no crea V. que ella no hace grandes esfuerzos por perfeccionar su instruccion.

Tiene profesor de francés; pero ¿quién la hace pronunciar la *u* francesa? ¿Quién la hace variar aquella traduccion que ella castellaniza diciendo: «Calipso no podia se consolar »de la partida de Ulises?»

Tiene profesor de música; pero ¿cómo acostumbrarse á que el movimiento de la mano derecha en el piano sea distinto del que corresponde á la mano izquierda? ¿Cómo digerir el do-mi-sol-do-sol?

Tambien tiene profesor de castellano; pero se le escapa á veces decir *cuala* ó *concencia* sin poderlo remediar, como sin poderlo remediar, cuando quiere afiligranar una conversacion, dice *concépeto* por concepto, y *bondaz* por bondad.

¡Qué apuros, gran Dios, qué apuros!

* * *

¿Y en las comidas?

Porque ella será todo lo ordinaria que V. quiera, pero el marido no puede prescindir de llevarla á ciertos banquetes donde se comen cosas que ella no sabia ni por lo mas remoto que habria de llegar el momento en que tuviera que comerlas para no pasar plaza de persona de mal tono.

«¡Comer ostras! ¡Mire V. que es mucho disparate comer »ostras, dice ella para sí, cuando en mi pueblo las tiran al »mar por inútiles! ¡Calla! ¿Ahora una chuleta con papel? »¿Cómo se comerá esto? ¡Cielos! ¿Tendré tambien que comer »queso Roquefort con habitantes? ¿Y la empalagosa piña de »América? ¡Ay, ay, ay!...»

Y lo peor no es que tenga que comer de aquello, sino que cuando mas repugnancia le inspira un manjar, mas obligada se ve á decir: «Pues, mire V., este es mi plato favorito.»

Así es que la infeliz pierde el estómago, y sufre cada cólico que se la lleva Pateta.

¡Ella, que tenia por sueño dorado el jamon, tener que considerarle como manjar plebeyo y ordinario! ¡Verse obligada á comer lo que siempre le causó náuseas!

¡Oh! le digo á V. que el ser señora, y señora de repente,

de sopeton, es cosa para la cual se necesita un estómago á prueba de bomba.

*
* *

Al fin en los vestidos ya es otra cosa.

Si la cuestion está en tener modistas buenas, en comprar telas caras y en estrenar un vestido al mes, dificultades son estas que la señora de pronto vence con facilidad.

¿Qué modista tiene el apellido mas atravesado? ¿Qué tela llama mas la atencion hoy dia? Pues esa tela y esa modista se pagan, y ¡Cristo con todos!

Pero es el caso que lo que los franceses llaman *allure* no hay modista ni tela que lo impriman á la señora de pronto.

Así es que ella lleva un magnífico vestido de terciopelo... pero le sienta como ó un Santo Cristo un par de pistolas.

Y se pone dos pulseras en cada brazo, dos collares al cuello, cuatro sortijas en cada mano; pero detrás de aquel escaparate de joyas descubre cualquiera, sin poderlo remediar, el amaneramiento, la rudeza, el embarazo y todo lo que diferencia, en fin, á la señora de pronto de la que nació señora y continúa siéndolo.

Y sino, vamos á ver: por mas periódicos de moda á que esté suscrita, por mas que desee imitar á la señora de X ó á la de Z, ¿puede evitar que su pié no quepa en aquella diminuta bota? ¿Puede impedir que aquel taconcito estrecho y puntiagudo le tuerza el pié veinte veces al dia? ¿Puede reducir aquella mano robusta y desarrollada á las dimensiones de un guante fino y estrecho? ¡Oh! ¡Jamás! ¡Imposible!

Y no le vale el encargar sus vestidos á París, ni el tener el zapatero fuera de España, ni el servirse, en fin, de manufacturas extranjeras, porque esto será buen tono, pero... nada mas.

La verdad es que ella, como poco acostumbrada á esos trotes, no tiene aun formado el gusto.

Por eso recarga sus adornos, por eso se pone joya sobre joya y encaje sobre encaje.

Por eso el peluquero y la peinadora convierten su cabeza en un peinado acróstico, lleno de *crepés* y tirabuzones.

Por eso se pinta ella, trasformando su agraciado rostro en un boceto de pintor principiante.

Por eso llena de odoríficos estractos y esencias sus pañuelos.

Por eso, en fin, hace todo lo que hace, para separarse de la sencillez, la modestia y la naturalidad.

Pero por eso tambien, cuando mas engalanada se cree, cuando mas atractivos cree reunir, es precisamente cuando una señora pregunta en una reunion: «¿De quién me habla »usted? ¿De la de Carvajal? ¿De la señora de pronto?»

*
* *

Sin embargo, donde ella cree ganar batallas (vamos al decir) es con los criados.

Si puede llamar bruto al cochero veinte veces al dia, no desperdicia ni una vez siquiera. Se lo llama. El cochero, acostumbrado ya al trato, resiste ese y otros improperios; ella cree que el cochero ha callado por conviccion, y se considera desde luego mas superior en inteligencia de lo que es en realidad.

Otra vez llama á la cocinera y la reprende porque á un guiso le faltaba tal ó cual aderezo. La cocinera siente herido su amor propio de artista culinario, y responde: «Que ella »siempre lo ha hecho así, y que en las casas principales y en »las mas importantes cocinas no se hace de otro modo.» La señora no quiere dar su brazo á torcer (como vulgarmente decimos), replica á la cocinera «que no sabe su obligacion,» y la cocinera se despide protestando «que la señora podrá en»tender mucho de teatros y reuniones—¡oh, sarcasmo horri»ble!—pero que de cocina no entiende una palabra.»

Tambien suele regatear al ayuda de cámara las bujías, y hay aquello de: «Pues no sé cómo se gastan tantas bujías. »¿Qué demonios hace V. con ellas? ¡A ese paso!...»

Con lo cual, la señora de pronto creerá que cobra impor-

tancia entre sus criados; pero en realidad no es así, porque lo único que consigue es que estos noten la diferencia que hay entre aquella señorita y otras á quienes ellos sirvieron.

O bien que uno averigüe la procedencia, es decir, la posicion anterior de la señora—¡qué no averiguará un criado!—y murmure al despedirse de la casa y diga despues á la portera y los señores de la casa donde nuevamente se coloca:

«Me fuí de allí, porque... bien dice el refran: Ni pidas á »quien pidió, ni sirvas á quien sirvió.»

Con lo cual, ¿cómo queda la reputacion de aristocrática de la señora de pronto? Mal, muy mal.

Y cuando sale á colacion el hablar entre amigas de los criados, y ella dice: «Pues no hay en este mundo cosa peor »que verse entre criados. ¡Oh, si yo pudiese hacerme todas »las cosas!» los que oyen esta frase se sonrien, se burlan, murmuran, y en fin, la ponen en ridículo.

Tal es, pues, la señora de pronto, *por regla general*: afectada, ridícula, pretenciosa.

Cursi en su forma, cursi en su porte, cursi siempre que quiere dar á entender que nació en dorada cuna y que nunca ha pertenecido al vulgo indocto y falto de recursos.

*
* *

Me conviene, sin embargo, establecer una salvedad, para que no crean Vds. que este tipo es exclusivamente hijo de la moderna sociedad.

La señora de pronto de hoy, con su afectacion, su ridiculez y sus pretensiones, no es, ni con mucho, aquella señorá de pronto de antes.

Esta debe su encumbramiento á un enlace, á una herencia, á un premio gordo, y al fin, despues de todo podrá tener sus rasgos de rudeza, pero no perjudica con ello á las demás.

¿Y qué me dicen Vds. de aquella plebeya antígua, cuyo marido, por haber demostrado arrojo en una batalla, se veia colmado de bienes por un rey; se encontraba de la noche á la

mañana dueña de villas y de tierras, y cargada de atributos señoriales?

Hoy la señora de pronto llamará *papá* y *mamá* á los infelices labriegos á quienes ayer llamaba padre y madre.

Pero ayer la señora de pronto llamaba esclavos y villanos á sus amigos y compañeros de la víspera.

Hoy la señora de pronto repartirá limosnas para alcanzar el título de bienhechora á fuerza de donativos, buscando así un homenaje á sus sentimientos.

La señora de pronto de ayer ahorcaba al primer vasallo que se le antojaba para hacerse respetar, y buscaba en el terror una sumision que no inspiraban sus propios méritos.

En fin, ayer, ni la señora de pronto, ni la señora de nacimiento, conocian el abecedario.

Hoy... conozco varias señoras de pronto que saben leer correctamente y con propiedad.

Sirva esta última declaracion de desagravio á las que hayan podido fruncir el ceño al contemplar el retrato que acabo de presentar á Vds.

MANUEL MATOSES.

LA QUE LLEVA PERRO

Quisiera, aunque no fuese mas que por un momento, retroceder á mi edad infantil, tropezar á la vuelta de una esquina con mi tipo, y poderle aplicar materialmente lo que viene á ser el objeto moral de este artículo: una maza ó gallardete de esos que cuelgan á menudo los chicos, y que dan derecho á chicos y grandes para apostrofar al transeunte con el saludo de ordenanza:

—¡Que lo lleva! ¡que lo lleva!

Y eso que, en buen hora lo diga, no nacen estos renglones de la envidia ni del despecho, ni se escriben en ódio á la raza canina, que tantos títulos tiene á la consideracion pública; no: inválido de las guerras amorosas, he esperimentado todos sus azares, todos, escepto el de tener por rival un perro.

Verdad es que yo no lo hubiera consentido nunca: todo lo que habria tolerado á una mujer es una mona, primero por la identidad de sexo, y hasta de inclinaciones, y despues por lo mucho que suele gustar á todas el oirse llamar contínuamente: ¡Mona mia!

Así es que no conozco los combates internos, las humillaciones morales, ni los bocados físicos que se ven obligados

á sufrir en silencio aquellos á quienes depara la fortuna una compañera, ya se llame novia, querida ó esposa, que cuente entre sus debilidades el sentimentalismo perruno.

El culto del perro tiene para la mujer diversas fases, y, segun la edad, diferentes manifestaciones. Para las jóvenes es el culto sencillo y misterioso del hogar, lleno sin duda de goces desconocidos, pero que ni traspasa los límites del decoro ni se opone al desarrollo de otros afectos; para las viejas es la condensacion en un sér animado de todas las ternuras, mimos y galanteos que recibieron acaso en su juventud, y que devuelven como un anticipo forzoso al único que por su inteligencia y su bondad encuentran algo parecido al hombre.

Las jóvenes tratan á su perro como á un esclavo; las viejas como á un dueño. Esta diferencia se advierte hasta en el nombre del animal: mientras la jóven llama al suyo *Lindoro* ó *Cupido*, la vieja lo bautiza siempre *Sultan*, *Turco* ó *Nabucodonosor*.

La diferencia se hace todavía mas visible en los caractéres. El perro de la jóven ladra; el de la vieja muerde: el primero es retozon y goloso; el segundo taciturno y egoista: aquel tiene para su ama la adhesion de la gratitud; este la conciencia del deber. A pesar de todo, á ninguno de ambos se le puede sacar á la calle sin cordon.

Entre las mujeres que llevan perro no incluyo, por supuesto, las grandes señoras á quienes suele acompañar en el carruaje: estas llevan el perro únicamente como un adorno; como llevan á veces una amiga; como llevarian un hijo si lo tuvieran.

El verdadero tipo de la *perrófila* es el de la que sostiene y educa al animal con sus propias manos y con sus propios recursos; la que se priva por él del manjar mas sabroso y del mas dulce sueño; la que le vela y asiste cuando está malo; la que le entierra, ó peor aun, le embalsama cuando muere, y si mas de una vez no le acompaña el sepulcro, es porque la *perrera* solo se usa en los ferro-carriles y en las cuadras.

He visto un ejemplar de esta clase que podria pasar por modelo.

La tierna solicitud del acreedor hácia el deudor; la abnegacion de una fea pobre para cualquiera que la mire con buenos ojos; el interés simple ó compuesto de todos los prestamistas y filántropos de la córte, no son nada al lado del interés, la abnegacion y la tierna solicitud que aquella virginal criatura de cincuenta años desplegaba en obsequio del mas chato, derrengado y gruñon de los perros habidos y por haber.

Canelo se llamaba, si bien este nombre era el menos usual en los labios de su protectora.

Bien mio, tesoro, cielo: estos y otros epítetos semejantes eran de los que se valia para atraerle á su blando regazo cuando algun devaneo del espíritu ó alguna necesidad de la vil materia le alejaban por un instante del lado suyo. Hasta recuerdo haberla oido exclamar un dia: «¡Terso de mi alma!» dirigiéndose al animalito, y no ciertamente en son de broma, porque entre los dos tenia dividido su cariño, y si la hubieran puesto en el caso de escoger, creo que por llevarme la contraria se habria quedado con los dos.

Nada faltaba á aquel perro para ser el mas feliz de los hombres; digo, de los perros. Tenia cama aparte con mosquitero para el calor; manta escocesa con orejeras y capucha para el frio; collar de plata y de charol para todas las estaciones. Y sin embargo, estaba escrito que la desgracia habia de perseguirle, y que su muerte seria desastrosa y vil como la de un criminal.

¿Cuál pudo ser la causa de esta mudanza? Supongo que ya lo habreis adivinado: una perra.

Canelo no salia jamás de casa solo, pero *Celinda* habitaba en la vecindad, y esto hizo que se cambiaran de ventana á ventana meneos de rabo equivalentes á saludos, y ladridos que acaso significaban juramentos. *Canelo* comenzó á enflaquecer visiblemente, y las caricias de su ama, en vez de halagarle como en otro tiempo, le arrancaban á menudo sordos gruñidos. Por fin, una noche, á la hora de recogerse,

el perro no se presentó: buscáronle por todas partes; en la cocina, en el desvan, en la carbonera: todo fué inútil. *Canelo* habia desaparecido.

En vano salieron en su persecucion las columnas de *La Correspondencia* y el *Diario*; en vano se escitó la codicia de los pobres y la generosidad de los ricos con promesas y súplicas; en vano se vigilaron la calle de la Montera y las avenidas del Rastro, lugares de contratacion perruna: cuatro dias despues del suceso, *Canelo* escuchaba todavía los gritos de angustia de su ama desde la boardilla del vecino, donde pasaba la luna de miel oculto con su adorada perra. Allí probablemente hubieran espirado entrambos de amor y de necesidad, si el portero de la casa, llevado del capricho de robar una estera, no hubiese penetrado por la ventana de la boardilla y hecho salir de ella á escobazos á los dichosos y fugitivos amantes.

No se crea por eso que ninguno de ellos pensó ni por un instante en volver á su casa; la perspectiva de la calle les sedujo, y silenciosos y ligeros se lanzaron hácia la escalera; pero denunciados por los gritos del portero, no tardaron mucho en caer en manos de sus implacables señores. *Celinda* fué indultada por el suyo, que debia mas tarde explotar las consecuencias de su falta; pero el pobre *Canelo*, despues de adivinar por una tremenda paliza la intensidad del cariño y de los celos de su ama, fué arrojado desnudo y hambriento á la via pública, donde al amanecer le hallaron los barrenderos moribundo, poniendo fin á sus tormentos el pisoton de una graciosa y compasiva burra de leche.

Pero el destino se encargó de vengar á *Canelo;* su ama al verse sola, y escarmentada segun decia de perros, trató de probar fortuna con los hombres, viniendo por fin á poder de uno que empezó por molerla los huesos, y acabó por comerle los cuartos.

Entonces fué cuando recordó con pena su conducta para con aquel animalito que no le habia sido infiel mas que una vez en su vida, y entonces tambien fué cuando mandó restaurar un retrato en que se la puede ver aun, sentada en

una silla, teniendo á sus piés al desgraciado perro, el cual lleva en la boca una carta cerrada, en cuyo sobre se lee: *Señora doña Angustias Gil, y Canelo.*

Y no es esto solo: no hace mucho que, escudriñando la pintura, un curioso descubrió en el reverso de ella la siguiente inscripcion:

Mujer, quien quiera que seas,
que este retrato contemples,
date á todos los demonios
antes de darte á *chusqueles.*
Que si es verdad que los hombres
á los perros se parecen,
los unos por lo que ladran,
los otros por lo que muerden,
yo, que *hombre* y *perro* he tenido,
pude á tiempo convencerme
de que un instante de *aquel*
vale mas que un siglo de *este.*

MANUEL DEL PALACIO.

FIN DE LAS ESPAÑOLAS PINTADAS POR LOS ESPAÑOLES.

ÍNDICE

ESCRITORES.	ARTÍCULOS.	Págs.
D. Enrique Perez Escrich.	*La cómica de la legua.*	5
Roberto Robert.	*La tertuliana de café.*	13
E. Rodriguez Solís.	*La bailarina.*	21
A. Sanchez Perez.	*La aficionada.*	29
Francisco Flores y García.	*La pobre vergonzante.*	41
Pablo Nougués.	*La pensionista..*	51
E. de Lustonó.	*La que viene á menos.*	57
Roberto Robert.	*La pitonisa del barrio.*	63
Pedro Avial.	*La bonita... y no mas..*	71
Luis Rivera.	*La actriz de nacimiento.*	79
Leoncio Alier.	*La que no quiso casarse..*	89
R. Perez Galdós..	*Cuatro mujeres.*	97
Angel del Palacio.	*La modelo.*	107
F. Moreno Godino.	*La vieja verde..*	115
Angel Avilés.	*La curiosa.*	123
Manuel Matoses.	*La conspiradora.*	131
Roberto Robert.	*La que va á caer.*	143
Pablo Nougués.	*La Séneca.*	157
Enrique V. Cárdenas.	*La trapisondista.*	165
Adolfo de Mentaberry.	*La duquesa..*	175
Roberto Robert.	*La que espera en el café.*	183
P. Ximenez Crós.	*La que tiene muchos novios.*	191
A. Sanchez Perez.	*La mogigata.*	201
Francisco Cantarell.	*La amable.*	213
Manuel Matoses.	*Las que se pintan..*	221
Roberto Robert.	*La amiga.*	233
Eusebio Blasco.	*La suripanta.*	243
Pablo Nougués.	*La mujer de empresa.*	249
Cárlos Frontaura.	*La madre de la dama jóven.*	257
Roberto Robert.	*La Vénus caduca..*	273
Florencio Moreno Godino.	*La cenicienta.*	281
Manuel Matoses.	*La señora de pronto..*	291
Manuel del Palacio.	*La que lleva perro.*	301

FIN DEL ÍNDICE.

ÍNDICE

OBRAS DE ROBERTO ROBERT

LOS CACHIVACHES DE ANTAÑO

Contiene los siguientes capítulos: *Prólogo.—El Diablo.—El Santo Oficio.—Conjuros y exorcismos.—Los Milagros.—Los Autos de Fé.—Los Papas.—Los Templos y sus huéspedes.—Conclusion.*—Un tomo en 4.° de 350 páginas, 16 rs.

LOS TIEMPOS DE MARI-CASTAÑA

Contiene los siguientes capítulos: *Prólogo.—Los Judíos.—Los Siervos.—Los Peregrinos.—Los Obispos.—Castigos.—Las Indulgencias.—Conclusion.*—Un tomo en 4.° de 350 páginas, 16 rs.

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS

Contiene los siguientes capítulos: *Prólogo.—El Dinero de la Iglesia.—La Honestidad.—Los Cruzados.—El Pillaje.—La Brujería.—Los Señores.—La Simonía.—Conclusion.*—Un tomo en 4.° de 350 páginas, 16 rs.

LA CORTE DE MACARRONINI I

ENTREMÉS MANÁRQUICO

Un folleto en 4.°, 2 rs. en Madrid y 2 ½ en provincias.

EL GRAN TIBERIO DEL SIGLO

ENTRE LUCES Y PEDRADAS

Jolgorio celebrado en Madrid con motivo del vigésimoquinto aniversario de Pio IX.

Un folleto en 4.°, 2 rs. en Madrid y 2 ½ en provincias.

Los pedidos se harán á esta Administracion, calle del Aguardiente, núm. 6, acompañando el importe de los mismos en libranzas del Giro mútuo ó letras de fácil cobro.

1385

ROBERT

LAS

ESPAÑOLAS

PINTADAS

POR LOS

ESPAÑOLES

C. G.